

Tiempos y modos

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

© 2024, Nelly Richard
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Imagen de portada: Carlos Arias. *Santiago, octubre 2019*
Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: junio de 2024

RPI: 2024-A-3703
ISBN: 978-956-6366-07-2

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

Tiempos y modos

Política, crítica y estética

NELLY RICHARD

PAIDÓS

ÍNDICE

Introducción: Cortes y montaje	9
<hr/>	
I: Revuelta y Nueva Constitución	25
<hr/>	
El colapso de los tiempos vitales	27
La potencia feminista	44
Figuras, cuerpos y narrativas del imaginario de la revuelta	61
“Chile despertó”: conmociones de lo sensible y regímenes de la mirada	81
“Una pequeña y hermosa conjetura”: fragmentos de conversacion con Federico Galende	95
Fallas de traducción (de la Convención Constitucional al Rechazo)	114
Entre el vértigo arrasador del todo y la coyuntura táctica de los límites	133
II: A cincuenta años del golpe de Estado de 1973	151
<hr/>	
Activar la imaginación crítica en torno a los signos	153
Cuando la memoria pende de un hilo	166
Los pueblos del “nosotros”	176
Destiempo y contratiempos	190
Se nos cayó la noche encima	204

I

Revuelta y Nueva Constitución

El colapso de los tiempos vitales*

Del descontrol de la revuelta al control de la pandemia

En su expansión mundial, la epidemia del covid-19 llegó a Chile en pleno trance de revuelta social: una revuelta que, iniciada el 18 de octubre de 2019, levantó la consigna “Chile despertó” para dejar en claro que una sociedad, hasta ahora mayoritariamente ordenada por el conformismo transicional, había perdido el miedo a manifestar su vibrante rechazo al régimen de desigualdades, abusos y privilegios administrado por la hegemonía neoliberal. Multitudes se adueñaron del espacio público para decirle “ya basta” al poder instituido y abrir nuevos horizontes de lo posible, liberando vías de escape a través de las cuales saltarse la gris normatividad de la política administrada. La revuelta de octubre de 2019, y los posteriores debates en torno a cómo darle forma a una Asamblea Constituyente, marcaron la apertura de un tiempo de deliberación colectiva sobre el futuro de la democracia, a cargo de una ciudadanía que había recuperado su protagonismo después de que dicho protagonismo se hubiese visto casi enteramente confiscado, durante la transición, por los formalismos y tecnicismos del consenso neoliberal. El tiempo inaugural detonado por la revuelta de octubre de 2019 (un tiempo de promesas que convocaba lo que está por venir) se vivió como un tiempo energético: intensivo, acelerado, casi frenético en sus ritmos de

* La primera versión de este capítulo se publicó bajo el título *Revuelta social y Nueva Constitución*, Clacso, 2021.

cancelación de lo viejo y de invención de lo nuevo. Aquel tiempo de aceleración y precipitación, de sobreexcitación de los deseos de futuro, se vio bruscamente cortado en sus ritmos vitales por la epidemia y sus cuarentenas.

Quizás lo más particular de la secuencia cronológica vivida en Chile haya sido el colapso del tiempo / de los tiempos que nos llevó tan súbitamente de la agitada movilización de los deseos colectivos que se expresaban en los espacios públicos (octubre de 2019) a la inmovilización forzada por causa de una pandemia que nos obligó a refugiarnos en la privacidad del ámbito doméstico (marzo de 2020). La pandemia nos arrebató el tiempo *excepcional*—fuera de serie— de la revuelta social, para condenarnos al tiempo *ordinario*—serial— de las cuarentenas y su monótona repetición de lo mismo de todos los días. Dice Alejandra Castillo:

El tiempo de la cuarentena es [...] un tiempo que marca el inicio y el término de una reclusión. El tiempo de la cuarentena es, por ello, un *afuera del tiempo*. O dicho de otro modo, la cuarentena activada por mandato gubernamental es *una unidad de tiempo sin temporalidad*. No hay proyecto que realizar en ella, solo pequeñas tareas repetitivas [...] que parecen acortar el tiempo —el futuro— al paso de los días, de las horas.²⁵

Pasamos, dramáticamente, de la expectativa de un futuro a construir entre todas y todos, a la resignación de cada una y cada uno frente al tiempo detenido, que inhibe o paraliza los movimientos hacia adelante. Cambiamos el tiempo *hiper-activo* (deseante, vitalista) de la insubordinación política por el tiempo *pasivo* (resignado, estacionario) de las puestas en cuarentena. Dejamos el entusiasmo del *re-vivir* que sintetizaba la consigna “Chile despertó” por la tarea, angustiada, del tener que *sobrevivir* individualmente en un mundo cada vez menos hospitalario. ¿Cómo procesará el cuerpo social de la revuelta este colapso de los tiempos vitales, que deja a aquellos organismos humanos

²⁵ Castillo, Alejandra. “Nafragio en el espectáculo de la catástrofe”. *Antígona Feminista*, 3 de abril de 2020.

asustados por la pandemia al borde de la extenuación, casi sin imaginación de futuro?

La dureza de las condiciones de vida que afloran como realidad cotidiana en estos tiempos de pandemia no hace sino revalidar los motivos que tuvo la revuelta de octubre de 2019 para sublevarse contra un régimen de desigualdades económicas y sociales que precariza y segrega, maltrata y ofende. Los perjuicios cometidos por el sistema neoliberal se evidencian en las imágenes que desfilan a diario por nuestras pantallas de televisión: en el deterioro de los hospitales y del aparato de salud pública, en las desoladoras colas para cobrar seguros de cesantía después de masivos e injustificados despidos, en las indignas condiciones habitacionales de la vivienda social, en la descomposición de las periferias urbanas, en el indecente trato hacia los migrantes, en la acrecentada violencia sexual que acosó a las mujeres dentro de los hogares en cuarentena, etcétera. Esta catastrófica suma de desastres vinculados a la desprotección social que saltó a la vista con la pandemia, no hizo sino reconfirmar la legitimidad democrática de los reclamos expresados por la revuelta de octubre de 2019 frente al saqueo capitalista. Sin embargo, la suma justificada de las razones que tuvo la población para protestar contra el ordenamiento neoliberal del sistema capitalista no basta para confiarse en que, después de la pandemia y sus cuarentenas, seguirán intactas las ganas con que las multitudes salieron a las calles para protestar colectivamente en octubre de 2019. Algunas piensan que las recientes explosiones de fuerzas sociales (incluyendo, por supuesto, las fuerzas puestas en marcha por las organizaciones feministas desde mayo de 2018) conforman un archivo de vivencias colectivas que nos dotó de los estímulos suficientes para superar el contratiempo de la pandemia y continuar, a futuro, tejiendo rebeldías que reanudarán con lo desplegado por la revuelta de octubre de 2019.²⁶ Pero, si bien esta convicción

²⁶ Así lo afirman J. Manzi y A. Carrillo: “Lo cierto es que aunque a ratos no parezca de ese modo, este (el de la pandemia) *no es un paréntesis*. Las paredes de nuestro hogar o los tránsitos temerosos en los transportes públicos de una ciudad reducida al mínimo de su actividad no son la señal de una pausa en el tiempo. No todo se ha detenido... El proceso en el que nos encontrábamos subsiste

feminista ayuda a no caer en el desgano o la apatía devolviéndonos confianza en el mañana, quizás su optimismo deba ser matizado por la sospecha de que el “shock psicótico-viral”²⁷ de la pandemia va a traer repercusiones de distintas escalas (macrofísicas y microfísicas) que no son fáciles de amortiguar. Están, desde ya, los miedos primarios a la enfermedad y a la muerte que asedian los cuerpos en desamparo. También pesa el decaimiento subjetivo del ánimo y sus repliegues ensimismados que encuentran en lo privado-familiar el único refugio a mano. A nivel de pensamiento global, crecen la perplejidad de la conciencia y las desorientaciones del juicio frente a la confusa misión de abordar un presente-futuro cuyos mapas se nos presentan ahora llenos de preguntas sin respuestas porque se extraviaron las coordenadas históricas que parecían volver predecible el mañana. Franco “Bifo” Berardi reagrupa bajo el término de *psicodeflación* los distintos síntomas que revelan cómo la pandemia hizo que la energía se fuera retirando de un cuerpo social ya previamente agotado por los efectos multiplicados de la hiperaceleración capitalista:

Cansada de procesar señales demasiado complejas, deprimida después de la excesiva sobreexcitación, humillada por la impotencia de sus decisiones frente a la omnipotencia del autómatas tecnofinanciero, la mente ha disminuido la tensión. No es que la mente haya decidido algo; es la caída repentina de la tensión la que decide por esta.²⁸

subterráneamente en nuestras rabias, anhelos y preguntas; en nuestras redes y conspiraciones silenciosas... El tiempo sigue, la vida y la política también, la pregunta hoy no es qué haremos después de que esto pase... Lo que hagamos hoy será determinante para los escenarios de alternativa a la crisis, pero lo que ya veníamos haciendo es igualmente clave. No partimos desde cero en la revuelta y mucho menos partimos desde cero ahora. Hemos levantado un programa (un Plan de Emergencia Feminista) para transformar radicalmente el modo en que se organiza la vida, la vida toda”. Manzi, Javiera y Alondra Carrillo, Voceras Coordinadora Feminista 8M. “La continuidad de nuestra revuelta a un mes del 8M”, *Lobo Suelto!*, 8 de abril de 2020.

²⁷ La expresión es de Franco “Bifo” Berardi. “Crónica de la psicodeflación”. *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial ASPO, marzo de 2020.

²⁸ *Op. cit.*, p. 43.

Este debilitamiento de la tensión física y mental que afecta el ánimo, los deseos y la voluntad, deja inevitables trazas en un organismo social y político que va a demorarse en recobrar fuerza y vitalidad. Y esto sin contar con los nuevos peligros que ya asoman en el amenazante camino trazado por el neoliberalismo hacia su eventual recuperación: el recrudecimiento neofascista de brotes totalitarios provenientes de ultraderechas que se muestran más preocupadas que nunca de garantizar el control represivo de las fronteras nacionales contra los flujos migratorios que las van a invadir con sus poblaciones inseguras. La hostilidad de un mundo sin resguardos y la fragilidad de los cuerpos asustados hacen que, frente a la adversidad, se vayan consolidando tendencias reactivas-conservadoras en sectores de la población chilena que priorizan la búsqueda de seguridad. Esta incierta lucha entre fuerzas de *desapropiación* y fuerzas de *reapropiación* de la vida que se libran tan desigualmente en medio de la pandemia, deja en suspenso el saber cuándo y cómo se abrirán nuevamente curso las pulsaciones de lo nuevo orientadas colectivamente hacia un futuro transformador.

La “des-infección” urbana de las marcas contaminantes de la revuelta social

La revuelta social de octubre de 2019 hizo que las multitudes desplazadas hacia las periferias reconquistaran lo público (calles y plazas) para compartir la experiencia de un estar-juntos en la masividad de la protesta. Recuperar el uso público de los espacios movilizando grupos y sujetos unidos entre sí para manifestar una voluntad popular en contra del orden dominante, reforzó el sentido de una colectividad cuyos vínculos sociales habían quedado rotos por la privatización neoliberal del derecho básico a compartir entre todos. El aislamiento forzado de las cuarentenas que desalojaron a la población de las calles con la llegada de la pandemia a Chile, privó bruscamente a los sujetos y grupos de la revuelta de una exterioridad pública hacia la cual volcar lo que se había acumulado en ellos como energías de cambios, dejándolos nuevamente aislados unos de otros. Además del vaciamiento de

las calles, las nuevas consignas impuestas por el libreto oficial en torno a la pandemia modificaron la agenda político-nacional cuyo vuelco le dio oportunidad y pretexto al deslegitimado gobierno de S. Piñera para retornar a escena demostrando *eficiencia*, según el vocablo predilecto de la gestión tecnocrática, en el control gubernamental de la contingencia sanitaria.

La obsesiva y paranoica cobertura mediática de la epidemia de covid-19 en la televisión (curvas estadísticas, porcentajes demográficos, informes científicos, recomendaciones médicas, manuales de higiene y cuidado, etcétera) hizo desaparecer de las pantallas aquellas imágenes que, desde octubre de 2019, habían hecho que Chile se sobresaltara: las imágenes de la ciudad alborotada y su población rebelde gritando en las calles su rabia e indignación. Los medios se apresuraron en operar un completo barrido de todas las imágenes de la revuelta, en el intento de relegar sus espasmos al tiempo arcaico de una fiebre político-social, que iban a terminar de aplacar las drásticas medidas de la nueva urgencia sanitaria. Además, el gobierno de S. Piñera aprovechó el control policial en las calles para “limpiar” a la ciudad de las muestras gráficas que testimoniaban la revuelta, reintroduciendo señales normalizadoras (la reposición de los semáforos, la pintura de muros y edificios, la rehabilitación de las estaciones de metro destruidas, etcétera) que dejarían en el olvido la virulencia contestataria desatada en contra de las fachadas de modernización capitalista que adornan el paisajismo arquitectónico. La epidemia sirvió en Chile como pretexto higienista y sanitizador para *des-infectar* a las ciudades de la suciedad y la turbiedad de las huellas de la insubordinación social que *manchan* las estéticas publicitarias del consumo, sus marcas y logotipos, con las sombras disfuncionales de una rabia inorgánica.

En medio de este operativo general de limpieza y desinfección del entorno urbano, S. Piñera llegó al colmo de la provocación cuando realizó una excursión a Plaza Italia —rebautizada simbólicamente como Plaza Dignidad por los manifestantes— para retratarse en una pose en la que finge “dominar” la escena: una donde la prepotencia del personaje se vuelve risible al exhibirse

frente a una plaza desierta y una ciudad vacía. La pose desafiante del mandatario ocupa el vaciamiento de la ciudad como escenografía trucada para simular que, después de la crisis, volvió a ejercer la centralidad del poder, aunque la imagen solo denota el patetismo y la insolencia de una fallida ritualidad del mando que se incorpora como un episodio más a su ya acostumbrada comedia de equivocaciones:

Su performance de conquistador hace el ridículo desde el momento en que con su curiosa sentada mirando hacia donde se pone el sol (es decir, ¿contemplando su propio crepúsculo?) no conquista a ningún “enemigo poderoso”, ni siquiera a algún “enemigo” a secas [...] Tan solo un miserable turista sacándose fotos en una ruina abandonada.²⁹

La epidemia le sirvió de excusa al gobierno de S. Piñera para decretar un estado de excepción con toque de queda (18 de marzo de 2020), justificando así la salida de los militares a la calle: los mismos militares y policías cuyos uniformes llevan estampado el recuerdo siniestro de la persecución en dictadura y que se ven nuevamente envueltos en abusos consignados como violaciones a los derechos humanos por los informes internacionales, que condenan su uso de la violencia represiva contra la protesta social. Lo perturbador es que son estas mismas fuerzas uniformadas las que, durante la pandemia, vigilaron el cumplimiento de las medidas sanitarias; fiscalizaron los salvoconductos que nos autorizaron a transitar por la ciudad y que, además, facilitaron tareas de repartición de alimentos o insumos médicos. Esta cara visible de las ciudades en cuarentena, con los militares incluidos en las tareas prácticas de organización del cotidiano, parecería sugerir que habíamos pasado de la *desobediencia* de la revuelta (evadir, rechazar y combatir todo mandato de autoridad) a la *obediencia forzada* (acatar órdenes, solicitar permisos, dejarse controlar), generándose así una grieta disociativa en el imaginario de la

²⁹ Karmy, Rodrigo. “El pastor y el estúpido: sobre el devenir cómico de una teología política”. *El Desconcierto*, 6 de abril de 2020.

insumisión que se había levantado masivamente en el país desde octubre de 2019.

Pero no solo el paisaje urbano se ha visto reconfigurado por el vaciamiento de la ciudad y el control policial-militar de la población. La esfera del discurso público está experimentando sorprendentes vuelcos semánticos: la expresión Primera Línea (zona del enfrentamiento cuerpo a cuerpo de los manifestantes contra las fuerzas policiales durante las protestas de octubre de 2019) se usa ahora para designar la lucha del personal de la salud que cuida enfermos y salva vidas, como si los cuerpos se hubiesen desplazado del registro heroico de la lucha temeraria contra la represión (octubre de 2019) al registro vulnerable del temor profiláctico frente a las amenazas del virus, solo controlables por el conocimiento profesional que detenta la ciencia médica (marzo de 2020). Del descontrol de la revuelta al control de la epidemia: el cambio de tablero ha sido tan brusco en materia de paisajes, signos y corporalidades (del emblema guerrillero de la capucha a la seguridad protectora de la mascarilla; de la vestimenta negra del tumulto anarquista a la blancura asistencial de los delantales médicos), que cabe preguntarse cómo se reorganizarán, a futuro, los signos de la insumisión política en una población atravesada por múltiples síntomas de trastorno y frustración psicosociales que, en lugar de dedicarse a *sumar* energías colectivas para combatir el neoliberalismo, debe enfrentarse ahora a las *restas* y *sustracciones* de la enfermedad, la soledad y la muerte.

El feminismo como archivo de saberes y experiencias

La pandemia del covid-19, además de introducir el susto en los universos familiares, amenaza con hacer naufragar las economías mundiales. Nos llena de desconcierto ver todas las ciudades del planeta deshabitadas por el confinamiento, siendo así transformadas en el inesperado set de algún cine postapocalíptico que filma un mundo desierto. Resulta sorprendente la ironía de cómo, tal como lo había soñado desde siempre la izquierda, los aparatos productivos y los sistemas comerciales de la organización

neoliberal cayeron en una fase global de inacción forzada, cumpliéndose así paradójicamente el sueño (anticapitalista) de una “huelga general”, que tiene la real capacidad de paralizar la fuerza mundial de trabajo debido al contagio de un virus. La extrañeza de este mundo distópico que trazó la pandemia no pudo sino generar perturbación y confusión en los marcos de explicación y comprensión del mundo y la humanidad. La pérdida de certezas y el desalineamiento de los horizontes de futuro que guiaban el planeta nos obligan a aceptar la falibilidad de los marcos de análisis que creíamos previamente asentados. Sin embargo, no todos aceptan esta crisis de fundamentación del juicio, causada por el desbarajuste de las hipótesis de interpretación general sobre el presente y el futuro. Son varios los filósofos e intelectuales contemporáneos que, apenas declarada la pandemia, se precipitaron a opinar sobre el futuro de la globalización capitalista en distintas tribunas de debate internacional.³⁰ Mientras varios de estos intelectuales aprovecharon de confirmar que el miedo al contagio le serviría al capitalismo para cumplir sus designios biopolíticos, que consisten en extremar el control social sobre los cuerpos mediante nuevas formas de disciplinamiento de las poblaciones, algunos pocos sugieren que, por el contrario, el gigantesco descalabro económico provocado por la pandemia en las cadenas de funcionamiento de los mercados y las finanzas podría significar un golpe tan fatal para la expansión capitalista que obligaría a sus tendencias monopólicas a ceder frente al inevitable surgimiento de nuevas formas de cooperación entre Estados, organismos y comunidades que les cambiarían el rostro a las democracias corporativas. Al no existir sistema de predicción que valga frente a la incertidumbre de este tiempo en suspenso, podrían ser igualmente válidas las distintas hipótesis que especulan sobre la exacerbación del capitalismo o, al contrario, su progresiva desestructuración. Pero, cualesquiera sean las alternativas que

³⁰ Las principales intervenciones de intelectuales globales fueron recogidas en: *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial ASPO, marzo de 2020, y *La fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Editorial ASPO, abril de 2020.

barajen estos renombrados intelectuales europeos, cuyas declaraciones copan la escena del debate público en torno a la pandemia, algo debería resultar incuestionable: el hecho de que ningún pensamiento sobre/de la crisis del capitalismo global puede hoy prescindir del feminismo como clave de análisis y apuesta de futuro. En efecto, el feminismo ha subrayado con absoluta lucidez varios de los resultados que se entrecruzan en el balance de esta crisis global exacerbada por la pandemia, usando la perspectiva de género para descifrar sus mecanismos y resultados: la “feminización de la pobreza”, que ocupa a las mujeres como nuevas zonas de sacrificio; el uso y abuso de la división entre lo privado y lo público, cuya base material sigue ocupando el capitalismo para, en lo económico-cultural, hipervalorizar lo “productivo” y subvalorizar lo “reproductivo”; la necesidad compensatoria de visibilizar el trabajo invisible (el trabajo doméstico) y defender una ética solidaria de los cuidados (cuerpos, afectos), que repare el daño sensible causado a las vidas indefensas; las formas de autogestión comunitaria, cuyos valores cuestionan, desde los territorios locales, la abstracción neoliberal del neutro discurso meritocrático basado en el éxito individual de las profesiones rentables, etcétera. El pensamiento feminista demostró cómo lo *precario-feminizado* que apareció en primer plano durante las cuarentenas apunta al “límite del capital: *aquello de lo que no puede prescindir la vida social para continuar*”:³¹ un primer plano de la pandemia que les dio figuración a los cuerpos concretos de mujeres cuyas labores, infravaloradas por la economía capitalista, sostienen incansablemente a la población desde las urdimbres más deshilachadas de la producción informal. Este señalamiento feminista del reverso oculto del capitalismo hizo que la experiencia cotidiana de la pandemia pudiese ser leída como “*el ensayo general de otra organización del trabajo*”³²: un intento que debería favorecer la creación de mecanismos cooperativos para gestionar

³¹ Gago, Verónica y Luci Cavallero. “Deuda, vivienda y trabajo: una agenda feminista para la pospandemia”. *Anfibia*, 9 de abril de 2020. Las cursivas son mías.

³² *Op. cit.* Las cursivas son mías.

lo común que las mujeres, desde siempre, han sabido poner en acción. En la formulación de Rita Segato:

[...] el virus podría imponer una perspectiva femenina sobre el mundo: reatar los nudos de la vida comunal con su ley de reciprocidad y ayuda mutua, adentrarse en el “proyecto histórico de los vínculos” con su meta idiosincrática de felicidad y realización, recuperar la politicidad de lo doméstico, domesticar la gestión, hacer que administrar sea equivalente a cuidar y que el cuidado sea su tarea principal. Es a eso que le he llamado en estos días un “Estado materno”, como distinto a aquel Estado patriarcal, burocrático, distante y colonial del que nuestra historia nos ha acostumbrado a desconfiar.³³

Experiencias comunitarias y saberes estratégicos dotan al feminismo de una conciencia crítica que debería ser valorada como aprendizaje para manejarse frente al desastre de la pandemia y sus cataclismos asociados. Sin embargo, de esta conciencia crítica carecen aquellos filósofos hombres, que salieron los primeros a la palestra del debate público (Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Byung-Chul Han, Alain Badiou y otros) para formular sus diagnósticos y pronósticos epocales, dejando completamente fuera a la crítica feminista, pese a ser esta una referencia hoy imprescindible a la hora de comentar la degradación capitalista. Una crítica feminista que partió demostrando que el saldo más inmediato de la pandemia fue el implacable deterioro de las condiciones de vida de las identidades y grupos más desfavorecidos, que hizo recaer los mayores costos de este balance necropolítico de despojos y sobreexplotación. La teórica feminista Judith Butler ya nos había advertido de la violencia selectiva y diferencial que usa el régimen capitalista para castigar a las “vidas precarias”: aquellas vidas consideradas sobrantes por un régimen enteramente volcado a la ganancia económica y al provecho comercial, al espectáculo cultural del consumo como deleite visual y que, por lo mismo,

³³ Segato, Rita. “Coronavirus: Todos somos mortales. Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia”. *Lobo Suelto!*, 19 de abril de 2020.

desprecia aquella corporeidad humana que porta como estigma de inferioridad el no ajustarse a los cánones dominantes de la moda, la belleza, la juventud y la sanidad. “Precariedad” es lo que castiga a los cuerpos de la pobreza y la enfermedad, que están excluidos de este ciclo de gratificaciones mercantiles porque sus vidas dañadas echan a perder el ideal de felicidad del modelo de bienestar capitalista. Pero “precariedad” es, también, el tener que acostumbrarse a la escasez y la privación como únicas formas de habitar el mundo. Este agudo sentimiento de indefensión que penetra nuestros universos cotidianos nos transmite que no se puede testimoniar de las múltiples capas de vulnerabilidad existencial adheridas a la “precariedad” de las vidas humanas, en el lenguaje seco y duro del pragmatismo neoliberal (operatividad, ejecutividad, rendimiento, competencia) que solo confía en la tecnocracia de los datos para gobernar la realidad a fuerza de cómputos numéricos y de *rankings* de competencia. Hace falta, desde el arte y la literatura, modelar lenguajes sensibles a la carencia y la falta; unos lenguajes marcados por una conciencia del daño y la reparación que son próximos a lo “femenino” en tanto valor tradicionalmente desacreditado, rebajado, por las escalas (masculinas) de superioridad universal y dominio del conocimiento que han sido cuestionadas exhaustivamente por la teoría feminista.

Llama la atención que el derrumbe de las certezas y garantías causado por la pandemia en el mundo no haya fragilizado — aparentemente — los consagrados aparatos de saber de aquellos filósofos hombres que se apropiaron del debate filosófico en torno a los alcances de esta pandemia. Desde la filosofía o la teoría social, quienes protagonizan en clave masculina la escena de figuración intelectual encargada de reflexionar sobre los destinos del capitalismo y la globalización no parecen acusar la menor pérdida de control de las jerarquías de autoridad en las que se afirma su dominio del conocimiento. Por suerte, mientras estas hablas masculinas siguen ratificando en la esfera pública, como si nada, sus pretensiones de totalidad-universalidad del conocimiento, se está diseminando en múltiples sitios generados

por las editoriales independientes la escritura de autoras mujeres feministas que, menos interesadas en reconfirmar teorías previamente solventadas, buscan dotar de palabras a la incertidumbre mediante diversas retóricas de lo tenue, lo fragmentario y lo incompleto. Su búsqueda de texturas verbales afines al desastre de los sentidos causado por la irrupción de la pandemia no se apoya en la afirmación-confirmación de verdades trascendentales. Muy por el contrario, a sabiendas del hundimiento de lo universal-categorico, estas nuevas escrituras exploran a tientas las pequeñas narrativas del día a día, agujereadas por la duda y la tristeza.³⁴ De esas texturas verbales urdidas por las mujeres y el feminismo depende que la experiencia de la precariedad vivenciada durante la pandemia encuentre palabras e imágenes que entren en correspondencia de signos con la proximidad de la desgracia que nos dejó todavía más frágiles que antes.

Descomposición y recomposición

Es mucha la incertidumbre que atenta contra las proyecciones de futuro, ya que no sabemos por cuánto tiempo más habrá que resignarse a este aislamiento domiciliario y a los mezquinos sustitutos de sociabilidad que se nos ofrece (las redes electrónicas, la educación a distancia, el teletrabajo, el consumo de ofertas culturales en módulos recreativos, etcétera), ni, tampoco, cuáles de estos nuevos hábitos de sociabilidad telecomunicada perdurarán hacia adelante como entrenamiento útil para un futuro comandado desde lo remoto por redes invisibles. Tampoco sabemos a ciencia cierta, en medio de la adversidad, si tendremos la astucia suficiente para “desarrollar nuevas herramientas de desobediencia civil que nos permitan actuar a distancia”,³⁵ revirtiendo políticamente el uso de aquellas tecnologías que hoy nos separan para transformarlas en medios de interconectividad que fortalezcan estrategias de oposición y resistencia grupales. No

³⁴ Pienso, por ejemplo, en: Longoni, Ana. *Parir/Partir*. Tren en Movimiento, 2022.

³⁵ Naomi Klein y la normalidad: “Debemos recordar que la normalidad era la crisis”. *La Tercera*, 7 de abril de 2020.

sabemos aún (no tememos cómo saberlo) cuán hondas son las marcas psíquicas de temor, aprensión, desaliento o impotencia que dejará grabadas la epidemia en un organismo social duramente perjudicado, como para calcular bien la capacidad de aguante de las vidas precarizadas en extremo y prever el despertar de su renovada potencia de invención política en un contexto social y humano tan severamente damnificado.

La revuelta de octubre de 2019 se inició masivamente en Chile como protesta autoconvocada: sin dirigencias conocidas que la lideraran y expresando una radical desconfianza hacia el manejo de la política institucional, los partidos políticos (incluyendo los de la izquierda parlamentaria) y las alianzas entre partidos declaradas, todas ellas, impuras y traicioneras. Las calles se volvieron el escenario de un despliegue insurgente levantado por una comunidad de sujetos y grupos que decidieron prescindir de las orgánicas políticas para hablar, en desorden, desde el cotidiano social. Las calles de la revuelta de octubre de 2019 no solo pasaron a ser el soporte de la feliz emergencia de un cuerpo colectivo que reclamó, justificadamente, por la falta de una democracia participativa. Las narrativas más entusiastas de la revuelta declararon enfáticamente que esas calles eran garantes irreductibles de una espontaneidad rebelde que no se dejaría capturar por ninguna ligazón institucional ni aparataje político: “La calle, como partera de la verdad, como sublevación popular, rechaza los juegos de poder [...] y su maquinaria de pactos”.³⁶ Pero ¿cómo se moverán la composición de territorios e identidades, las guías de conductas y motivaciones de los distintos sectores de la población que participaron de la revuelta tras la debacle de la pandemia, tomando en consideración que el pueblo indignado no solo es recorrido por vectores utópicos de liberación del deseo que apuntan a un horizonte venidero, sino por demandas urgentes ligadas a necesidades básicas de supervivencia inmediata? Ahora que las condiciones de máxima desprotección social en las que se encuentra una población asediada por el hambre y

³⁶ Salazar, Mauro. «Primera Línea» y Matapacos. La calle inasible”. *El Desconcierto*, 4 de enero de 2020.

la pobreza exigen la aplicación de políticas públicas de carácter estatal, ¿será prudente seguir reivindicando “*la calle innegociable*”³⁷ como fuente de una exterioridad radical, divorciada de aquellas redes de interacciones políticas e institucionales que aportan soluciones en el caso de una emergencia nacional? La disminución de los recursos de protección social (desempleo masivo, colapso del aparato de salud pública, créditos y endeudamiento, desfinanciación universitaria, etcétera) obliga a la izquierda a repensar el rol y las funciones del Estado,³⁸ pese a que su imaginario de la sublevación callejera colocó a lo popular en una apartada esfera de norepresentación, separada de toda fórmula de acuerdos políticos.

Además, no podemos perder de vista que, en situaciones de angustia y desprotección frente a cualquier trastorno de la normalidad y, más precisamente, frente al doble trastorno social de la revuelta y de la pandemia, opera lo que Suely Rolnik llama una “micropolítica reactiva” que tiende a imponerse como salvataje:

[...] para recobrar un equilibrio, el deseo se agarra a las formas establecidas, busca conservarlas a cualquier costo. Y cuanto más grande es la desestabilización, la subjetividad se atrinchera con más vehemencia en lo instituido y lo defiende con uñas y dientes, logrando llegar a altos niveles de violencia para garantizar su permanencia.⁴⁰

Es esta “micropolítica reactiva” (especialmente dispuesta a dejarse conducir por obsesiones paranoides) la que van a utilizar

³⁷ Salazar, Mauro. “Destitución, Primera Línea y potencia plebeya”. *El Desconcierto*, 21 de octubre de 2019. Las cursivas son mías.

³⁸ Por ejemplo, así imagina R. Segato —en clave feminista— una redefinición del Estado después de la pandemia: “He defendido que el buen Estado es un Estado restituidor de fuero comunitario, protector de la producción y el mercadeo local y regional, capaz de foguear un camino anfibio: no podrá abdicar del mercado global porque de sus dividendos provienen los recursos para sus políticas públicas, pero tampoco deberá abandonar la autosustentabilidad de las comunidades, la soberanía alimentaria y el mercadeo local arraigado, que, como en el caso presente, vuelve a hacerse crucial para la sobrevivencia. Un buen Estado transita entre los dos caminos y blindo al más frágil, para que sus saberes, sus circuitos propios de mercadeo, sus tecnologías de sociabilidad y sus productos no se pierdan, ni tampoco su autonomía”. Segato, Rita. *Lobo Suelto!*, 19 de abril de 2020.

la derecha y la ultraderecha para que la población se mueva hacia lo que el gobierno de S. Piñera oferta como resultado de sus políticas de control sanitario: la vuelta al “retorno seguro” de una normalidad reforzada que, oportunamente, le servirá de plataforma de recuperación de poder político a la derecha, que buscará salir favorecida de las próximas elecciones (primer semestre de 2021) para encontrar así las formas de incidir en el Rechazo en la próxima consulta del plebiscito nacional. La salida de la pandemia, lo quieran o no las vocerías intransigentes de la revuelta callejera, se va a ver interferida por contiendas electorales que colocarán nuevamente en primer plano a la política institucional y sus disputas hegemónicas. Y esto ocurrirá en un período marcado por el rompimiento de las alianzas de izquierda, que quedaron fracturadas por el conflicto posestallido que las escindió entre la calle y el Congreso: entre la firma —parlamentaria— del Acuerdo por la Nueva Constitución y la invalidación moral de esa firma por parte de aquellos sectores que la consideran una traición política al *ethos* de la revuelta de octubre de 2019. ¿Sabrán las alianzas de izquierda reorganizar oportunamente sus fuerzas para disputar terreno no solo en la calle, ahí donde lo performativo de los cuerpos grita su indignación, sino también en los escenarios político-institucionales donde se articula discursivamente la política según formatos y plazos que no son los de la temporalidad estallada de la revuelta que se agita como crisis permanente?³⁹

³⁹ Dice S. Mezzadra: “La movilización es muy importante. Los procesos de lucha son la única base material de la creación de otra política. Lo que me pregunto es si la política puede estar reducida a lucha y movilización permanente, porque la gente también quiere estar tranquila, vivir una vida que esté hecha también de normalidad, de estabilización; no se puede vivir luchando, aunque sin luchas no hay una imaginación política radical. Este es el punto de partida. Pero ¿se puede reducir la política a la lucha? Me parece una pregunta importante que abre otras preguntas... sobre la cara positiva, constituyente, de producción de condiciones estables que son parte de otras políticas hoy”. Mezzadra, Sandro. “Gubernamentalidad: fronteras, códigos y retóricas de orden”. *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*. Editado por Colectivo Situaciones, Tinta Limón, 2009, p. 146.

Pese a la fascinación ejercida en la izquierda radical por la tesis de la desintegración total de las estructuras existentes, debería considerarse que la suma de violencia (revuelta) y dolor (pandemia) agotan el cuerpo y el ánimo, despertando el deseo humano de regresar a algún tipo de regularidad compartida que ofrezca, aunque provisoriamente, un orden al cual sujetarse en medio de un paisaje sacudido primero por la furia y luego por el miedo. Una narrativa demasiado eufórica de la revuelta, desatenta al “anhelo de orden”⁴⁰ que se encuentra latente en cualquier población deseosa de compensar la sensación de colapso total con algún tipo de confianza en que existirán medios de reposición entre crisis, violencia, ruptura y normalidad, podría dar pie a que la falta de eslabones entre *descomposición* y *recomposición* les sirva de motivo a la derecha y la ultraderecha para operar una clausura totalitaria de la sociedad, apelando a la restitución fanatizada del Orden y de la Seguridad.

⁴⁰ “El sentimiento doloroso de que las cosas huyen, ese sentirnos desbordados por la velocidad, el ruido y la violencia, la ansiedad, el pánico, el caos mental. El dolor nos obliga a buscar en el mundo un orden que no podemos encontrar, porque no existe. Sin embargo, sí existe *el anhelo de orden*: es el incentivo para construir un puente entre los abismos de la entropía”. Berardi, Franco “Bifo”. *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Caja Negra, 2019, p. 34.